

mas en el fondo de una floresta. El príncipe es el hombre mas feliz de la tierra.

Si yo hubiese estado entonces en aquel reino y hubiese conocido el secreto de Arturo, le hubiera gritado: «Príncipe, príncipe, tú tienes corazón. La elfa te lo ha dicho, serás desgraciado.»

Pero probablemente el príncipe no hubiera hecho caso tampoco de mis palabras.

Arturo pasaba los días mirándose en los ojos de Edita; Edita pasaba los días mirándose en los ojos de Arturo.

Una mañana el padre del príncipe, el rey de aquel país cuyo nombre ya os he dicho que tengo olvidado, llamó á dos de los primeros nobles de su reino y les dijo:

—Llevaos mi bandera de honor y mis heraldos, montad en corceles enjaezados con gualdrapas cuajadas de oro y pedrerías, haceos acompañar por la mas rica y lujosa tropa de caballeros, y partid al reino vecino, cuyo soberano he sabido que tiene una hija doncella. Pedídsela por esposa para mi hijo. Si regresais con su consentimiento os daré tanto oro como pueda bastar á cubrirlos de pié y añadiré nuevos títulos de nobleza á los vuestros. Si volveis sin el consentimiento, os daré dos horas para prepararos, un sacerdote para que os ayude á morir y un verdugo para que os corte la cabeza.

Los dos embajadores cabalaron en sus caballos y partieron con las banderas desplegadas que azotaban los aires.

El rey de la comarca vecina, cuyo nombre he olvidado también, les dijo que su hija Leonor se daría por muy feliz de tener por esposo el hijo de un rey tan nombrado, y les colmó de presentes y regalos. Añadió asimismo que con todos los caballeros de su casa partiría antes del noveno día para acompañar la infanta al altar donde le esperaba el príncipe.

Arturo que no sabia nada, solo se enteró cuando vió llegar al rey del país vecino con la infanta Leonor que era bella, muy bella, preciso es decirlo, pero no tanto como Edita, la amada de su corazón.

Y aquí empiezan las desgracias del príncipe y lo lamentable de la historia.

Arturo abrazó á Edita, la besó en la frente, le sentó en la falda al hijo que de ella habia tenido, que era una criaturita inocente y bella con la tez varonil y morena de su padre y los ojos negros y hermosos de su madre, y montó á caballo.

En dos galopes del noble animal llegó á las puertas del palacio donde estaba alojada Leonor, la infanta que habia venido á casarse con él.

Y se apeó, y entró, y la vió, y la habló, y la dijo como tenia por esposa á Edita la de los ojos negros y como habia en el mundo una criatura bella como un cielo que le tendia cada mañana sus manecitas y le llamaba su padre.

La infanta Leonor palideció visiblemente y desde aquel día empezó á derramar copiosas lágrimas.

Llorando hallóla una tarde su padre el rey de la vecina comarca.

—Qué tienes, hija mia, mi luz y mi vida?

—Ay padre! el príncipe Arturo está casado, casado con Edita la de los ojos negros.

El padre de la infanta sintió amargamente el desaire que se hacia á su hija, tornóse á su país y mandó que empuñaran las armas.

Ya suena el clarín llamando á la guerra; bélicos clamores pueblan los aires; tiembla la tierra al paso de los briosos alazanes; por todas partes bosques de lanzas, ejércitos que marchan con las banderas desplegadas.

El rey padre de Arturo se asoma un día á las murallas y ve sitiada su capital. Teme la arrogancia del enemigo, teme su furor y pide treguas.

Treguas le fueron concedidas.

Reunió entonces á sus consejeros y, subiendo á su trono, les pidió sus consejos. Su contestacion fué que Edita debia morir porque ella era causa de la guerra; su contestacion fué que debia morir el hijo inocente de aquellos amores porque sino era un obstáculo al nuevo enlace.

Dios les haya perdonado el consejo!

El rey se opuso, trató de resistir, pero su consejo entero decretó la muerte y el rey firmó la sentencia. Edita debia morir decapitada y su hijo ahogado.

Pusieron á recaudo al príncipe en una prision del palacio y leyeron la sentencia á la noble víctima, á la tierna oveja que iban á sacrificar en el altar de la barbarie. Los ojos negros de Edita dejaron escapar dos arroyos de lágrimas. Y no lloraba por ella, lloraba por su hijo al que iban á arrancar de sus brazos para matarle como á su madre.

Regó con su llanto los piés de sus verdugos. Sus lágrimas eran tan puras que hubiera podido beberlas un ángel.

Aquí mi voz se detiene trémula, mis ojos se humedecen y mi pecho late. La pena y el tormento aprisionan mi lengua que no hace mas que balbucear lo que refiere.

No contaré lo que costó arrancar el hijo á aquella madre amante; no diré ni sus angustias ni sus lágrimas de sangre; no hablaré de aquella escena capaz de partir las rocas á fuerza de dolor y de amargura.

Mientras unos verdugos asesinaban á la pobre inocente criatura que llorando llamaba á su madre, otros arrastraban á Edita hasta el pié de un pilar donde la hicieron ponerse de rodillas. En seguida la pérfida cuchilla cortó aquel cuello que habia sido tan hermoso.

Así cayó aquel copo de nieve matizado de púrpura.

Así murió Edita la de los ojos negros y así murió también su hijo, la pobre y tierna criatura que tenia la tez morena de su padre y los ojos negros de su madre.

Hermosas damas que me oís, no teneis una lágrima para llorar tanta desventura?

Cuando el príncipe salió de la prision, fué como si le hubieran abierto á un leon hambriento su jaula.

Hizo matar sin misericordia á los consejeros de su padre y arrancándoles el corazón se lo dió á comer á los buitres. De los asesinos de Edita, solo respetó á su padre.

Hizo desaparecer la noche del panteon con la luz de cien mil antorchas, hizo abrir el féretro de su esposa y depositó la sagrada corona sobre su cabeza. Quiso en seguida que todos los nobles uno á uno fuesen á besarle la mano y que todo el pueblo le prestara juramento de homenaje como á una reina.

Terminado todo, él mismo se arrodilló y pegó sus labios á la fria mano.

Cuando los cortesanos se acercaron queriendo arrancarlo á tanto dolor, le hallaron muerto.

Esta es la leyenda de los dos corazones y un alma, hermosas damas. Si no os ha gustado, perdonad al trovador que es la ha referido.

Concluyó de hablar Arnaldo y se retiró en seguida á su antiguo puesto junto al harpa, apoyando en ella el brazo y descansando en el brazo su ardorosa frente.

En cuanto á las damas, se hallaban todas conmovidas y Beatriz habia tenido que enjugar sus ojos mas de una vez durante la relacion de Arnaldo. Solo Don Fadrique y Don Nuño habian permanecido impassibles, y aun el segundo se admiraba de que aquella relacion hiciera llorar á las damas.

Hubo un rato de silencio que interrumpió la bella de las bellas.

—Acercaos, Arnaldo, —dijo al trovador, —vuestras leyendas son mas tristes que las enamoradas cántigas de Cabestain, pero dulces como las primeras ilusiones del amor.

Arnaldo se habia acercado á Beatriz. Todavía brillaba el fuego sacro en sus ojos y su rostro reflejaba la emocion del alma. La hermosa doncella hizo poner de rodillas al melancólico trovador, y quitándose un hermoso collar de menudas y pulidas perlas que la adornaba, se lo pasó al cuello diciéndole:

—Arnaldo, llevad este presente en memoria mia, y que os recuerden sus perlas las lágrimas que estas damas han vertido al escuchar vuestra peregrina leyenda. Idos ahora, —añadió viendo que su hermano Don Fadrique hacia una visible señal de impaciencia; —mañana volvereis de nuevo y nos contareis una de vuestras trovas de amores; una de esas trovas lánguidas como las que suspiraba Blondel bajo las tiendas de los héroes cruzados, como las que solo sabeis cantar vosotros los hijos renombrados de la bella Provenza.

Arnaldo aplicó un beso de fuego en la mano de Beatriz á quien debió quemar el contacto de aquellos labios, y dirigiéndola una mirada sublime de expresion y de ternura que no escapó á Don Nuño, salió de la estancia. El de Torre la Selva siguió con la vista al trovador hasta que hubo desaparecido.

—Mucho me engaño, —añadió en seguida para sí, —ó ese vagabundo cantor de coplas se atreve á estar enamorado de Doña Beatriz. Como supiera tal, le hacia colgar de una de las almenas de mi castillo para que sirviera de blanco á mis arqueros.

Entretanto Beatriz habia dado permiso á sus damas para que fueran á pasear por el jardin, interin ella hablaba con su hermano y su amigo Don Nuño.

Cuando vió sola á la doncella, Don Fadrique se levantó y acercándose la dijo con cierta especie de solemnidad:

—Beatriz, el noble y digno caballero que aquí veis conmigo es Don Nuño de Torre la Selva; por sus venas corre la sangre ilustre de los primeros nobles de Castilla, y sus títulos son los mas bellos de la corona de Don Juan II.

Beatriz fijó sus ojos en su hermano como para interrogarle con muda pregunta sobre la causa de aquel extraño exordio.

Don Fadrique prosiguió:

—Este caballero es á mas mi muy particular amigo y mi hermano en el pacto solemne que tenemos hecho de derribar á ese odioso marqués de Villena. Para afirmar nuestras relaciones y unir con un lazo mas estrecho nuestra mutua amistad, he creído deber prometerle vuestra mano!

Beatriz no hizo el menor movimiento; su bello rostro no perdió ni uno de los menores rasgos de expresion.

—Ah! —dijo solo, —le habeis prometido mi mano?

Y separando sus ojos de Don Fadrique para fijarlos en Torre la Selva,

—Os ha prometido mi mano?— añadió.

—Señora.... —balbuceó el atónito Nuño herido por aquella frialdad glacial de la doncella.

Beatriz pareció descansar por un momento la mirada en el que se le presentaba como su futuro. La doncella conocía poco á Don Nuño á quien apenas habia visto algunas veces. El de Torre la Selva no tenia un exterior muy notable, al contrario era casi repugnante. Sus ojos hundidos se veían coronados por unas pobladas cejas, y lanzaban fatídicos rayos; sus facciones carecían de la noble regularidad que acompaña siempre á los hombres de raza; su boca extraordinariamente grande solo daba paso á una sonrisa en gran manera vulgar, y sus modales incultos eran poco á propósito para cautivar á una dama.

En los ojos de la doncella leyó Don Nuño toda la impresion desfavorable que le habia causado el exámen. Sufrió de ello su orgullo y se mordió los labios de despecho.

—Y habeis vos aceptado mi mano ofrecida por Don Fadrique?— preguntó Beatriz.

—Con solicitud, —contestó el de Guzman interpretando en otro sentido las palabras de su hermana dirigidas á Don Nuño.

—El caballero de Torre la Selva, —dijo entonces Beatriz, —debiera, creo, haber empezado por consultar mi corazon.

—Vuestro corazon? y porqué?— preguntó cándidamente el sorprendido Don Fadrique.

—Porque así se hubiera evitado un desaire.

Un rayo caido á sus piés no hubiera sorprendido tanto á los dos caballeros como aquellas palabras de la de Guzman. Don Fadrique se puso pálido y Don Nuño lívido.

—Seriais capaz, hermana, —repuso Don Fadrique trémulo de ira, —seriais capaz de no obedecer mi mandato?

Doña Beatriz levantó hácia el conde unos ojos en que se pintaba toda la fiereza de raza.

—Los Guzmanes, —dijo, —no obedecen jamás ningun mandato.

—Hermana!

—Evitemos inútiles discusiones, —prosiguió Beatriz con una serenidad y altivez como solo podían pertenecer á ella, —únicamente será mi esposo el que me dé cumplidas pruebas de valor y de heroísmo. Si Don Nuño pretende mi mano, es menester que la conquiste, que la gané en la liza de la gloria y la

caballería. Veis esta banda que bordando estoy? Es para adornar con ella el pecho del valiente que en el próximo torneo venza á Mice Roberto, señor de Balse y á sus veinte caballeros alemanes venidos todos para lidiar con los castellanos. Castigue Don Nuño la osadía de unos extranjeros que vienen á medir sus armas con las de nuestros caballeros, hágales morder el polvo del palenque, humille su arrogancia, haga triunfar mis colores y la bizarría castellana, y entonces Beatriz de Guzman será el premio del vencedor.

Las palabras de la noble hija de los Guzmanes no tenían réplica. Era muy comun en aquel tiempo ver á una dama antes de comprometer su mano y su suerte, exigir de su adorador una prueba leal, la prueba de la lucha y del palenque. Don Fadrique, reprimiendo mal su ira, tuvo que aceptar y Don Nuño sonriendo con desden y con orgullo murmuró un necio y jactancioso cumplimiento.

Era Torre la Selva un hombre que se tenia formada una alta idea de sus prendas personales, y su vanidad le impelia á creer que no hallaria en el campo resistencia posible pues no la habia, segun él, para su valor y arrojo.

### III.

#### EL TORNEO.

NADA mas cierto que lo que habia indicado la hija de los Guzmanes. Segovia habia visto llegar á veinte caballeros llevando á su cabeza al famoso aleman, Mice Roberto, señor de Balse, que en busca de aventuras habian venido á Castilla, deseosos de medir sus armas con los hidalgos castellanos.

Mice Roberto, conocido por cien hazañas que habian hecho su nombre famoso en todos los paises, envió heraldos á todas las poblaciones y castillos para